



CUENTO

“PARA DORMIR EN PAZ”

Salvador Garmendia

Media hora después de la cena, hallándose de reposo en el recibidor, Teodoro experimentó un suave malestar en lo bajo del vientre.

—Voy a desocupar —pensó—, apartando un barrillo de sueño prematuro que la digestión le había depositado en las ideas.

Se levantó calmadamente y emprendió el camino requerido, por un pasillo angosto y alfombrado. A la mitad del pasadizo y del lado derecho, colgaba un óleo de grandes dimensiones en el cual la calle de alguna ciudad vieja y grumosa se derretía en la noche como un bloque de esperma. Fue pues tres pasos antes de alcanzar la puerta, cuando todavía creía sentir al extremo de su ojo derecho la titilación roja de unos faroles eléctricos y las chorreras de color en las fachadas, cuando Teodoro se detuvo, esta vez por completo.

El cuarto de baño se hallaba ocupado. Un instante después, Marcos, el hijo mayor —17 años— apareció en la puerta ajustándose el cierre de los pantalones. Debía venir tarareando algo para sí mismo y el hilo de esa melodía irreconocible, que del lado de adentro debía expandirse entonada por una garganta envidiable, le alargaba la cara en una expresión quejumbrosa.

El muchacho completó su tarea

dándole un brusco tirón a la pretina y de seguro habría pasado de largo junto al padre (la melodía había sido bruscamente suplantada por una silenciosa percusión que obtenía golpeando un labio contra otro) de no haber advertido algo anormal en la inmovilidad de la figura.

Se detuvo a observarlo. Pensó por un instante que aplicándole un manotazo suave en el costado, podría hacerlo recuperar el movimiento, sin embargo se abstuvo de hacerlo y continuó en dirección al recibo.

—Mamá —llamó en voz baja.

Por un ventanal amplio que da a la terraza se divisaba un paisaje nocturno, perforado por millares de luces de otros ventanales y otras pequeñas terrazas distantes. 135

A papá se le acabó la cuerda.

Adelaida apartó los ojos de un fascículo de la Enciclopedia del Bordado y un instante después volvió a ponerlos en el mismo lugar. Sin embargo, esta vez ya no miraba las fotografías de hermosos pompones de estambre, sino que pensaba o simplemente reponía en la memoria, una escena seguramente lejana que ella tenía el poder de revivir con la

más sorprendente fidelidad, como si en la realidad la hubiese repetido muchas veces rehaciéndola hasta en sus detalles más insignificantes: ella y Teodoro, veinte años más jóvenes, corrían en el atardecer por la suave pendiente de un parque cubierto de grama. Un sol amarillo de oro rebajado caía sobre los árboles y sobre los cristales y los bordes metálicos de los edificios que se aglomeraban en desorden un poco más allá, tras el trazado de la calle. Era un líquido claro de reflejos yodados que llegaba a formar, en cien lugares a la vez, pequeños charcos resplandescentes y fugaces. De repente, un golpe de viento le arrebató de los cabellos un pañuelo de seda verde transparente y lo llevó volando a la rama de un árbol. Al instante, Teodoro se encontraba atenazado al tronco, y haciendo unos esfuerzos precipitados y absurdos, intentaba impulsarse, quizás hasta alcanzar las primeras ramas sólidas que le permitirían penetrar al follaje y rescatar la prenda.

Por supuesto que apenas conseguía progresar por milímetros. Sus zapatos raspaban una y otra vez la corteza, desprendiendo cintillos de piel. Aunque al primer momento ella pensara que todo sería cuestión de broma, no tardó en empezar a reír nerviosamente, sin poder dominar su temor: ¡Cuidado, bájate!, mientras le oía su risa un poco sofocada por los primeros bufidos del esfuerzo.

El no paraba de bromear imitando el aullido de los nativos en las películas del Africa salvaje y misteriosa, exageraba el jadeo del cansancio o lanzaba chillidos femeninos cuando se sentía deslizar por el tronco, aunque todo aquel aparato de farsa se debilitaba cada vez más o tal vez era ya insostenible a medida que la encarnizada batalla se prolongaba hacia un final de extenuación o de fracaso que parecía avecinarse sin remedio. Lo consiguió a pesar de todo y ella lo vió trepar por las ramas impulsado por el más descabellado furor, sintiéndolo precipitarse a cada instante entre las hojas, sin atreverse a dar un grito. Por último llegó a tenderse boca abajo en la rama a cuyo extremo se había enredado el pañuelo y arrastrándose por milímetros, al borde de una caída desastrosa, consiguió desprenderlo de un manotazo inverosímil. A ella le pareció un milagro verlo allí de nuevo, oliendo a monte en la luz que había llegado a fundirse de todo en un polvo cobrizo de crepúsculo, con la camisa manchada de savia, pálido y sin aliento y un rasguño punteado de sangre en la frente.

Adelaida abandonó el fascículo sobre la alfombra y siguió a Marcos al pasillo.

En efecto, Teodoro seguía estacionado en el mismo lugar del accidente. La esposa lo contempló un momento, detenida en cierto aire pensativo y dudoso de no saber qué ha-

cer, como si observara una gotera que acabara de abrirse en el techo.

—Se le acabó la cuerda —dijo Marcos.

—Se le acabaría para siempre? —dijo ella en sus adentros.

Un momento después, Magaly, la menor —15 años— volvió de la calle y atropelló adelante como si se dispusiera a penetrar en un intrincado laberinto cuyos pasadizos sabía recorrer de memoria sin el menor error, y mientras avanzaba sacudía

a su alrededor un centenar de indescriptibles objetos tintineantes, ruidosos, disparejos, menudos, llenos de colores y risas, por supuesto invisibles del todo. En adelante no dejaría de moverse un momento o correría a encerrarse en su cuarto o gritaría hasta quedarse ronca. Un día entero, despedazado e inconexo, negándose a morir del todo entre sus propios desperdicios, no encontraría salida en su cuerpo. Por último se había quedado completamente sorda y sus ojos eran dos círculos tornasolados que giraban a velocidad vertiginosa. No había nada que hacer.

El pasillo se oscureció por completo —habían dado las nueve— y la esposa encendió la luz. Suavemente limpió con los dedos algunas borras de pan fresco que habían quedado en los pantalones de Teodoro.

—Me ayudas a ponerlo en otro sitio?

Marcos apareció en la puerta de su cuarto con el pecho desnudo y los largos cabellos ondeados derramándose sobre los hombros. Arrojó dentro el cuaderno de química que tenía abierto en una mano y se aproximó arrastrando los pies.

—Es tarde, mamá. No podríamos dejarlo para mañana?

—Parece que hubiera sido ayer —dijo Adelaida— aunque era posible que Marcos no pudiera escucharla, pues en aquel momento descendía a una claridad de millares de vatios, donde otras figuras como la suya se cruzaban dispersos y sin rumbo, moviendo los cuerpos elásticos en una apariencia de lentitud muelle y silenciosa que avanzaba contra corriente, teniendo que vencer un viento recio y continuo que sin embargo no removía sus ropas ni les alteraba el semblante. Parecía atraídos por extraños sonidos. El se iría a sentar en algún lado, solo y hundiría la cara entre las rodillas.

Mucho más lejos, a pesar de que ella conserva todavía el roce de la hierba en la piel, Adelaida bajaba lentamente la pendiente de grama del parque, mientras se ajustaba de nuevo el pañuelo de seda verde anudán-

dolo bajo la barbilla. A su lado sonaba la respiración entrecortada de Teodoro. Ladeó un poquito la mirada y encontró su perfil suave y moldeable de niño grande. Entre tanto, la sombra que descendía rápidamente iba disipando esos rasgos en una niebla íntima que se impregnaba del olor nocturno. De pronto la vió sumergirse del todo en el negro.

Adelaida agachó la cabeza. Sobre la alfombra roja, observó las pantuflas de seda de Teodoro que enseñaban los dedos torcidos y pálidos. Algo la había rozado en su interior, tal vez el salto de un pequeño resorte, sin embargo todo volvió a la calma un instante después.

—Hoy ha hecho demasiado calor —dijo—. Dormiré con la ventana abierta.

